

Las universidades de inspiración cristiana y el pensamiento social católico frente al nuevo milenio

Gorostiaga, Xabier

1997

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5170>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

**LAS UNIVERSIDADES DE INSPIRACIÓN CRISTIANA Y
EL PENSAMIENTO SOCIAL CATÓLICO FRENTE AL
NUEVO MILENIO***

XABIER GOROSTIAGA, S. J.**

Aprovecho la oportunidad de hablar sobre este tema como un “signo de los tiempos”, como una ocasión para volver a examinar el trabajo de las universidades de inspiración cristiana (tanto en el Norte como en el Sur) con vistas a los desafíos que acompañan al fin de siglo. Tiempos de incertidumbre y perplejidad, consecuencia de un periodo de cambio rápido y profundo. Para nosotros es, más que una época de cambio, un cambio de época que, por consiguiente, debe significar transformaciones profundas para la Universidad y para el Pensamiento Social Católico (PSC).

I. El Desafío a la Universidad

Hace quinientos años, en 1492, se descubrió la unidad en la diversidad de la humanidad. Somos hoy **un mundo, una aldea global**, y los seres humanos podemos ser ciudadanos del mundo por primera vez en la historia. Se trata, empero, de “Un Mundo Dividido”, en el que hay ganadores y una mayoría de perdedores; con una clase marginada global y “no existe nada más costoso, a largo plazo, que la construcción de una” (*TIME Magazine*, 7 de julio de 1997, Informe Especial sobre la Globalización).

Hace más de 500 años, América Latina le mostró al mundo que era uno. Hoy, esta unidad es una asombrosa realidad, a pesar

* Ponencia presentada en el Segundo Symposium Internacional sobre el Pensamiento Social Cristiano y la Enseñanza de la Administración, Universidad de Amberes, Bélgica, 27-31 de julio de 1997.

** Rector de la Universidad Centroamericana (UCA).

del hecho de que la polarización entre el Norte y el Sur, entre el capital y el trabajo, entre "Occidente y lo demás", continúa agudizándose.

Existe una serie de hechos concretos que refleja la profunda crisis de nuestra civilización. En la década de los noventa, esta civilización no es universalizable, no puede ser extendida a todos los ciudadanos, a causa de límites ecológicos, sociales, sexuales y políticos; es inestable, y no puede seguir reproduciéndose a sí misma en su forma actual, como una sociedad democrática, para todos los ciudadanos del mundo.

Los escándalos llenan actualmente a los medios masivos de difusión, pero el mayor escándalo de nuestro tiempo recibe una atención demasiado escasa, no solamente de los medios masivos de difusión, sino de nuestras comunidades universitarias, inclusive de nuestras comunidades universitarias jesuíticas.

Mientras nos preparamos para entrar en el Siglo XXI, el hecho de que, en América Central lo mismo que en África, los niveles de "calidad de vida" sean inferiores a los de hace 500 años es el escándalo de nuestra época. Más del 70% de nuestras hermanas y nuestros hermanos en América Central viven en la pobreza (el 50% en la miseria económica), y estos porcentajes continúan creciendo cada año. Esta escandalosa situación, que afecta a miles de millones de mujeres, hombres y niños por todo el mundo sugiere (o, más bien, nos grita) que algo en nuestro mundo está profundamente equivocado y es pecaminoso en nuestra actual civilización.

Mencionaré ahora algunos de los aspectos críticos de nuestro cambio de época, con el fin de ilustrar la naturaleza de la crisis que estamos experimentando y a la que tienen que hacer frente nuestras universidades y el PSC:

1) Una civilización de la Copa de Champagne, que refleja el antagonismo y la asimetría en la distribución del ingreso, entre el 20% de la humanidad que controla el 83% de la riqueza mundial, y el 20% más pobre, que sobrevive con sólo el 1.4%. En otras palabras, más de mil millones de personas sobreviven con únicamente un dólar estadounidense al día. Esta injusticia en la distribución de la riqueza tiende a crecer. El Informe de las Naciones Unidas acerca del Desarrollo Humano para 1994, indica que el ingreso del 20% más rico, que en 1960 era 30 veces mayor que el del 20% más pobre, en 1993 era 61 veces mayor.

2) Hay una concentración del conocimiento todavía mayor. La

disparidad en la inversión en Investigación y Desarrollo significa que ésta tiende a concentrarse más y más en las naciones del Norte, en un momento en el que la intensidad del conocimiento es la llave para la acumulación de riqueza. Ésta es una era en la que el capital **flexible** (un producto de la revolución en administración y electrónica) permite una centralización y una concentración del poder como nunca se había visto en la historia. Hace quinientos años, las metrópolis e imperios, fundados sobre la base de la explotación colonial, no alcanzaron ni de lejos tales niveles. Ni produjeron las abismales diferencias de los niveles de vida entre las metrópolis y sus colonias, como las que existen hoy entre un pequeño grupo de naciones privilegiadas del Norte y la gran mayoría de las naciones, en el Sur.

Actualmente, sin embargo, el Norte y el Sur no son conceptos geográficos únicamente, sino socioeconómicos y éticos. En el Sur nosotros tenemos también nuestro "Norte", y ustedes tienen en el Norte algunas de las condiciones del Sur, en la vida de sus inmigrantes minoritarios, de los grupos indígenas y de ciudadanos que han sido marginados por el creciente desempleo y otras formas de discriminación.

3) El **acelerado crecimiento del número de supermillonarios**, de personas que poseen más de mil millones de dólares, es asimismo un fenómeno de este cambio de época. El número de julio de 1994 de *Forbes Magazine*, que analiza las grandes fortunas del mundo, proporciona algunas estadísticas que, desde un punto de vista cristiano, son verdaderamente escandalosas. 358 individuos (para no mencionar a las empresas transnacionales) han acumulado un capital de alrededor de 762 miles de millones de dólares estadounidenses. En otras palabras, poseen el equivalente del ingreso per cápita del 45% de la población mundial, 2,500 millones de personas. Estos supermillonarios **han triplicado sus ingresos entre 1987 y 1994**. La nación con la más elevada tasa de crecimiento en el número de supermillonarios es México: un país al que el FMI y el Banco Mundial han pintado como un **buen ejemplo** de lo que las políticas neoliberales de ajuste pueden lograr. El número de supermillonarios ha crecido en un 140%, y la nación en la que ha crecido más es México. No es sorprendente, por consiguiente, que el fenómeno de Chiapas haya coincidido con esa explosión en el número de supermillonarios. Similarmente, la aprobación de la Ley 187 en California demuestra muy claramente que el TLC es un

mercado libre solamente para el capital y sus productos, y no para el trabajo.

4) Tras el final de la Guerra Fría, y a pesar de una reducción en el presupuesto militar mundial, el gasto militar anual en 1993 fue, sorprendentemente, de 815 mil millones de dólares estadounidenses, o sea el equivalente al ingreso per cápita de la mitad de la humanidad. ¿Contra quién se va a utilizar estas armas?, ¿quién es el enemigo? ¿Somalia, Ruanda, Haití? Hemos pasado de la Guerra Fría a una de inseguridad social y ciudadana. El gasto privado en seguridad aumenta en la misma medida en la que disminuye el gasto militar. Los 200 millones de armas en las manos de los ciudadanos del Norte indican que la terminación de la Guerra Fría no ha traído consigo la paz que anteriormente se había creído amenazada únicamente por el **império maligno**.

5) Según el reporte de mayo de 1994 de la INTERPOL, el tráfico de drogas equivale a 400 mil millones de dólares estadounidenses al año, de los que 100 mil millones son lavados por bancos transnacionales. La "Declaración de Nápoles", patrocinada por la ONU y apoyada por 138 naciones, se comprometió a frenar a la delincuencia internacional, que genera unos 750 mil millones de dólares estadounidenses al año en tráfico de drogas, venta de armas ilegales y prostitución. La ausencia de seguridad para los ciudadanos y el aumento en la criminalidad son causados por la falta de un sentido de la vida y la búsqueda de una escapatoria a través del uso de drogas, del sexo, y del fundamentalismo religioso o político.

6) La **crisis ambiental de nuestra época** ha sido producida, por una parte, por el consumo excesivo en un pequeño número de naciones y de personas y, por la otra, por el empobrecimiento del Sur. Esta pobreza, y la necesidad consiguiente de sobrevivir a cualquier costo, se ha convertido en la mayor amenaza en contra de la fauna, la flora y los océanos del mundo. Las crecientes megalópolis del Sur, producidas por el crecimiento irracional y por la emigración interna masiva de campesinos (Sao Paulo, México, Calcuta, Shanghai, etc.) revelan la falta de dirección, racionalidad y sentido que existen en el mundo de la revolución tecnológica de la actualidad.

Esta civilización de la Copa de Champagne refleja una crisis de civilización, una crisis de inestabilidad, inseguridad y carencia de significado. Esta civilización del Norte, **hostil** a la del Sur, este antagonismo de los blancos en contra de las otras razas, del hom-

bre en contra de la mujer, del presente en contra del futuro, del consumismo como medio de lograr la felicidad, y del crecimiento en contra de la naturaleza, requiere una profunda reflexión por parte de todas aquellas instituciones (tales como las universidades) que deberían actuar como la conciencia crítica de la sociedad, como una conciencia preventiva y prospectiva ante las amenazas del futuro, como formadores de generaciones que pueden crear un mundo más humano, justo, sustentable y armonioso.

Esta crisis global demanda nuevas formas de organizar a los ciudadanos, programas universitarios no convencionales y diferentes maneras de entrenar a los profesionales, que no reproduzcan y amplifiquen el sistema actual, sino que se hagan responsables del mismo, que sean capaces de transformarlo en beneficio de la humanidad entera.

Estas preocupaciones nos obligan a repensar el papel de la universidad, a transformar a la universidad a través de un proceso de Reforma que le permita ser a la vez "ciencia y conciencia", como lo pidió Juan Pablo II en el llamado de la Iglesia a las universidades hecho en el documento *Ex Corde Ecclesiae*.

Creo que las universidades católicas y jesuitas deben enfrentarse a este escándalo de fin de siglo y comienzo de un nuevo milenio de una manera organizada. Este escándalo y nuestros esfuerzos para enfrentarlo constituyen el principal desafío de nuestra generación, lo mismo como jesuitas que como cristianos, o simplemente como personas humanas y como ciudadanos de nuestra dividida aldea global.

Frente a este problema, aquellos de nosotros que trabajamos en universidades jesuitas en América Latina nos preguntamos continuamente si somos parte de la solución o parte del problema. En nuestros esfuerzos educativos, ¿estamos simplemente reproduciendo o inclusive fortaleciendo un sistema que amplía continuamente la brecha que separa a los ricos de los pobres, a las mujeres y los hombres, a las diferentes razas, y entre consumir individualmente cada vez más y compartir más equitativamente los limitados recursos del mundo? ¿Estamos produciendo profesionales exitosos que simplemente se aprovechan de las sociedades fracasadas y/u opresivas, con el fin de enriquecerse?

Recientemente, en marzo, en la Universidad de San José en Filadelfia, presenté este desafío a mis hermanos jesuitas de los Estados Unidos. Actualmente no es suficiente que la universidad jesuita

busque la excelencia académica local, o inclusive nacionalmente; ni basta con tranquilizar nuestras conciencias individuales o institucionales, y/o fortalecer nuestra imagen social mediante la participación (a veces mayor, a veces menor) en el mundo de los marginados. Marginados que existen en todos los países, tanto en el Norte como en el Sur.

El carácter crucial de esta crisis de finales del Siglo xx y principio del nuevo milenio es el abismo entre los ricos y los pobres por todo el mundo. Esta crisis demanda que creemos una nueva conciencia internacional, un programa internacional y una auténtica comunidad de universidades jesuitas, para que podamos ir más allá del plantel local, de la ciudad y hasta de la nación, en nuestra planificación, nuestra investigación, nuestra enseñanza y en nuestro compromiso personal. La universidad jesuita existe en primer lugar para el mundo; y dos tercios de este mundo está excluido de la riqueza, la comodidad, el conocimiento y el poder del tercio privilegiado.

Esta visión de nuestro mundo, ¿es una percepción de nuestro mundo parcial, provinciana, distorsionada, injustificada, o es un desafío para que, como universidades jesuitas, nos enfrentemos a esta crisis de nuestra civilización, y para que nos enfrentemos con ella conjuntamente? Probablemente no existiría otra organización como la que forman las 180 universidades jesuitas distribuidas por todo el mundo, SI, y éste es un gran si, fuéramos capaces de trabajar juntos en la formación de una estrategia coherente (global, nacional y local), una "estrategia global" para hacer frente a esta crisis".

Posiblemente llegaremos, trabajando juntos, a la conclusión de que las raíces básicas de las cada vez mayores y mundiales pobreza y opresión, exclusión social y económica, y destrucción ambiental no son únicamente económicas, sino más bien *éticas, sociales y culturales*. La ayuda internacional y la cooperación económica no afectan a las inequidades internacionales fundamentales, son básicamente insignificantes y, de hecho, están disminuyendo rápidamente. La cooperación internacional tradicional entre el Norte y el Sur tiende a aumentar la dependencia de éste con respecto a aquél.

Para atacar las raíces de la creciente separación entre los ricos y los pobres se requiere, creo, una estrategia de tres capas, ética, cultural y científica. Las casi 200 universidades jesuitas esparcidas por todo el mundo deberían tener la competencia ética, cultural y

científica para comenzar (cuando menos) a tratar conjunta y eficazmente con esta crisis, no como colonialistas ni salvadores, sino con un compromiso fundamental para dedicarnos seriamente a la lucha para humanizar a nuestra civilización y evangelizar a la humanidad.

No faltan convocatorias a la acción ante esta crisis. Una gigantesca colección de datos y recomendaciones de las Naciones Unidas, así como reuniones internacionales cumbre en Río de Janeiro, El Cairo, Ginebra, Copenhague y Beijing, hablan todos con una sola voz: la nuestra es una civilización de los pocos ricos y poderosos, de una élite cognoscitiva y financiera, que concentran y centralizan el poder, las finanzas, la tecnología, el conocimiento y el control de las instituciones internacionales. En el otro lado, la aplastante mayoría de aquellos que se encuentran marginados de la riqueza, el conocimiento y el poder.

La 34a. Congregación General de la Compañía de Jesús identifica cuatro pilares que sirven para reforzar nuestras opciones en favor de los marginados y oprimidos del mundo: inculturación; el nuevo y fundamental papel de las mujeres; la lucha contra la pobreza y las exclusiones; y la necesidad de una nueva espiritualidad y un nuevo conjunto de valores para hacer frente a los desafíos del Siglo XXI. Hoy “traemos este don contracultural de Cristo a un mundo enajenado por una realización humana autocentrada, extravagancia y vida suave, un mundo que concede gran valor al prestigio, el poder y la autosuficiencia. En un mundo tal, predicar a Cristo a los pobres y humildes con fidelidad y valor es saber que nos esperan humillaciones, persecuciones y hasta la muerte. Hemos visto que esto les ha sucedido a nuestros hermanos en los últimos años”.¹

¿Qué es aquello de lo que carecemos? Desde nuestra perspectiva jesuítica centro y latinoamericana, representada en la AUSJAL (Asociación de Universidades Jesuitas en América Latina) y en la reciente declaración de nuestros 18 superiores provinciales que se encontraron con Fr. Kolvenbach² en Puebla (México), lo que falta es la conciencia de la tragedia humana, el reconocimiento de que el “mercado libre” está en las manos de una élite financiera que también controla el flujo del conocimiento y de la información

1 34a. Congregación General. Decreto Veintiséis, N° 5.

2 El actual general de la Compañía de Jesús.

en beneficio de un crecimiento económico intenso y rápido, así como de ganancias, en lugar de tener la voluntad política de comprometernos en la lucha humanizante y la visión ética que va más allá de reducir el desarrollo al progreso material. Permítanme añadir mi convicción personal de que falta un enfoque teórico integrado para superar el paradigma de carencia de alternativas, una especie de teología de la inevitabilidad que paraliza nuestra creatividad y nuestra esperanza.

A pesar de los lazos nominales que existen entre ellas, las universidades jesuitas no forman un grupo organizado, y mucho menos tienen una comunidad de propósito, o un proyecto común. Cada una de nuestras universidades tiene un papel específico en la ciudad, región y país en los que está situada, pero los lazos internacionales entre ellas son, empero, muy débiles. Nos faltan objetivos comunes. ¿Cómo convertirnos en una *verdadera organización internacional*, una red de universidades con una mentalidad similar que se complementan y colaboran mutuamente en el esfuerzo por realizar metas comunes con el fin de enfrentarnos a los problemas y amenazas comunes de nuestra aldea global en una alianza de valores comunes e intereses comunes?

¿Cómo iniciar un proceso para crear un proyecto conjunto que involucre a todas las universidades jesuitas o, en todo caso, a un número substancial de ellas? Desde nuestras bases locales, regionales y nacionales, ¿cómo podemos desarrollar un compromiso internacional compartido para enfrentar las causas radicales de la pobreza creciente, la exclusión económica (desempleo, discriminación en contra de las mujeres y de los jóvenes), la destrucción del ambiente, y la opresión espiritual y cultural de la aplastante mayoría de la población mundial?

Me pregunto con frecuencia si el principal fracaso de la universidad jesuita no es en realidad un pecado de omisión o, quizá, en el contexto ignaciano de buscar siempre la *mayor gloria de Dios*, un pecado de mediocridad. Tenemos que enfrentarnos, con humildad, pero también con una evaluación realista de nuestro con frecuencia desperdiciado potencial, a esta crisis de fin de milenio, y buscar el "*magis*", la mayor gloria de Dios, desde esta "mínima", la Compañía de Jesús, a través de un **discernimiento ignaciano de nuestras universidades**. Esto puede implicar una profunda transformación de nuestra vida y "modelo" universitarios. Puede implicar la creación de una red de universidades jesuitas que vaya más allá de las

fronteras políticas y culturales, y embarcarnos en un proceso de formación internacional de profesionales preparados para una ciudadanía global, comprometidos con una realización humana integral basada en la equidad, compartiendo una especie de desarrollo geocultural basado en relaciones humanas sustentables.

Lo que estoy sugiriendo a las universidades jesuitas y de inspiración cristiana no consiste en que los países y universidades del Norte donen bienes y servicios (y educación) a los países del Sur. Lo que estoy proponiendo es, más bien, que creemos juntos, como una comunidad de universidades jesuitas, dentro de cada país, una "estrategia global" para formar profesionales educados, con visión, compromiso y talento, para hacer frente a los problemas que están en la raíz de nuestra crisis de civilización.

El cambio estructural, en un nivel socio-cultural de los países del "marginado Sur", va a implicar una transformación en las estructuras socio-culturales de las universidades y sociedades del Norte. Este proceso será una calle de doble sentido: las universidades del Norte recibirán, muy probablemente, tantos beneficios de esta experiencia compartida que los que recibirán las universidades jesuitas del Sur, si no es que más.

En tanto que es la universidad como institución la que es invitada a aceptar esta proposición para el Siglo XXI, el proyecto será iniciado probablemente por unos cuantos individuos, grupos o departamentos dentro de la universidad. Esta iniciativa llevará probablemente a un decisivo avance epistemológico que permitirá a la universidad enfrentarse a este reto y, posiblemente, redescubrir su identidad y su misión como resultado de un profundo discernimiento ignaciano de fin de siglo.

Este discernimiento y la transformación que lo acompañe demandará un nivel más elevado de competencia y profesionalismo en nuestras universidades, a un soporte cultural y ético más profundo, y a un compromiso de ser agentes de cambio y de solidaridad en el Siglo XXI.

Se nos invita a ser pioneros, más bien que excelentes profesionales, ya que la tarea es, en lugar de un mero progreso material para una minoría, la creación de una civilización humana y un desarrollo social para todos los ciudadanos.

Me gustaría ofrecer algunas sugerencias concretas sobre las maneras como podríamos iniciar este proyecto en 1997. Podríamos comenzar inmediatamente, como universidades jesuitas, una serie

de discusiones, y hacer proposiciones para la reforma de las universidades siguiendo los lineamientos bosquejados en la 34a. Congregación General. Los días 20 y 21 de octubre de este año, los rectores de las universidades jesuitas de todo el mundo se encontrarán en Santiago de Chile para preparar la Asamblea de la Federación Internacional de Universidades Católicas. Este encuentro podría servir de ocasión para comenzar el lento y difícil proceso de concientización, necesario antes de pensar en un proceso institucional para crear una red institucional entre las universidades jesuitas/católicas para enfrentarnos con el desafío ético del nuevo milenio.

Para facilitar este proceso de concientización, sería importante iniciar algunos compromisos conjuntos limitados (quizá en las fases iniciales) por regiones: entre Canadá, los Estados Unidos, América Latina y el Caribe; entretanto, Europa podría hacer lo mismo con las necesidades (aún más urgentes) de África, y un proceso similar para Asia y el Pacífico.

En un encuentro de la Asociación de Institutos Jesuitas de Administración de Empresas celebrado en Jakarta, Fr. Jaime Loring (de España) sugirió que todas las universidades jesuitas de España contribuyeran con el 0.7% de su presupuesto anual a un fondo común institucional que serviría para iniciar un proceso de concientización, investigación, formación de una red e institucionalización de una Comunidad de Universidades Jesuitas para el Siglo XXI. ¿No podría el IFCU intentar un proyecto experimental similar?

Este fondo podría ser utilizado para facilitar intercambios internacionales, la creación de grupos conjuntos de investigación, cursos conjuntos de postgrado, que servirían para reformar nuestras universidades, preparando una nueva generación de profesionales-pioneros para hacer frente a la crisis de civilización del Siglo XXI. Como dije anteriormente, ninguna otra institución en el mundo tiene el potencial global y el sistema de valores para emprender un proyecto de tanta importancia ético-cultural e intelectual. Creo que podemos emprender, en una colaboración mucho más estrecha con nuestros colaboradores laicos, este esfuerzo difícil pero profundamente evangélico y de gran valor académico.

Esta empresa conjunta será lenta y de difícil despegue; pero es un proyecto esencial para hacer frente eficaz y conjuntamente esta amenaza a nuestra civilización (una amenaza que es más crítica y peligrosa que la llamada "Guerra Fría"). El adversario en el Siglo

xxi no será ni una doctrina ni un sistema político, sino “un proceso inhumano... sin alma ni dirección... ciego y sordo, experto en precios, ignorante de los valores” (Octavio Paz, poeta mexicano).

Albert Einstein describió brillantemente el carácter de esta crisis: “la civilización que perfeccionó los medios, pero que está confundida en cuanto a los objetivos”. Eduardo Galeano, autor de *Las Venas Abiertas de América Latina*, sintetizó el mismo pensamiento en una pregunta que tiene un profundo significado para las universidades: “El Occidente ha sacrificado a la justicia en el nombre de la libertad, en el altar de la divina productividad. El Oriente ha sacrificado a la libertad en el nombre de la justicia, en el mismo altar. El Sur se pregunta si tal dios merece que le sacrifiquemos nuestras vidas.”

La humanidad tiene el poder para transformar, para cambiar y para vencer, pero parece que hemos perdido la capacidad para construir, para crear armonía y estabilidad, y para crear belleza y felicidad. Quizá llegaremos a tener el talento, pero no el talante, la voluntad o la sabiduría, para hacerlo. Es decir, podemos alcanzar la calidad académica, investigativa y tecnológica, pero no contribuiremos al saber, a la ética, a la estética y a la armonía que se requiere en el mundo de hoy si es que se va a encontrar de nuevo el significado de la vida y de la historia.

¿Será esto posible? ¿Se trata únicamente de una fantasía bella y utópica? ¿No son las universidades parte del problema, más bien que parte de la solución? Las universidades de inspiración cristiana ¿tienen (o deberían tener) una misión especial en este cambio de época?

Algunos días antes de que fuera asesinado el Padre Ignacio Ellacuría, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador, recibió un Premio de la Paz en la Universidad de Barcelona, y se le preguntó cómo se puede hacer frente a esta crisis de civilización de una manera cristiana. ¿Desde cuál de los muchos ángulos y aspectos de esta crisis se puede encontrar una perspectiva universitaria? El Padre Ellacuría ofreció un *locus theologicus* para interpretar esta realidad: “El opresor es incapaz de descubrir la opresión; es el oprimido quien descubre al opresor. La verdadera realidad del opresor solamente puede ser vista por el oprimido.” En otras palabras, analice y entienda el mundo desde el punto de vista de aquellos a quienes la historia ha crucificado. Examine las alternativas que se abren ante esta civilización antagonística desde la perspectiva de aquellos que han sido excluidos de ella. Estas alternativas,

¿son válidas sólo para las universidades del Sur, o también tienen alguna vigencia para las universidades del Norte? ¿Afecta esta crisis únicamente a los ciudadanos del Sur, o se trata de una crisis que afecta ahora a todos los ciudadanos del mundo?

En esta era de incertidumbre y de perplejidad que acompaña a un cambio de época, la universidad de inspiración cristiana debe, por lo menos, aportar algo al “discernimiento espiritual” y a la “actitud de conversión” a las que Ignacio de Loyola contribuyó a lo largo de su vida.

II. El Desafío Común al Pensamiento Social Católico y a la Universidad

Como cristianos que viven en la crisis que América Central ha sido y es, reconocemos el enorme potencial que tiene el enlazar a nuestras universidades a un proyecto de aculturación del PSC en la vida y la realidad de los pueblos que viven en la mitad sureña de nuestro planeta. No pretendemos de ninguna manera ser expertos en el PSC, pero nos gustaría sencillamente ofrecerles algunas sugerencias sacadas de nuestras experiencias cristianas y de nuestras reflexiones compartidas.

Nuestra experiencia indica que el PSC es teórico y abstracto, culturalmente occidental, norteño en su perspectiva. Parece que cuatro temas serían cruciales al reflexionar sobre un proyecto de aculturación/encarnación del PSC en la realidad del Sur.

1. El PSC comparte con el marxismo raíces decimonónicas basadas en una contradicción fundamental entre el capital y el trabajo. Esta contradicción ha sido superada actualmente como medio de análisis debido a varios factores: el fenómeno de la globalización, la explosión del conocimiento y de la información, así como nuevas contradicciones tales como la crisis ambiental, la cuestión crucial de las relaciones entre los sexos, y la explosiva realidad de una nueva generación, de la que más del 90% de quienes nacen lo hacen en el Sur. Estos profundos cambios requieren ajustes teóricos y epistemológicos para hacer que el PSC sea un elemento viviente en la realidad analítica y espiritual de los cristianos, tanto en el Sur como en el Norte.
2. Estas nuevas contradicciones (ambientales, culturales, sexuales y generacionales, todas las cuales incluyen a la contra-

dicción histórica entre el capital y el trabajo) traen consigo **radicales cambios epistemológicos**, es decir, nuevas maneras de ver, de analizar y de sentir la realidad. La necesidad de una "inteligencia que siente" (la "inteligencia sentiente" de Xavier Zubiri) coincide, en la era del conocimiento, con la demanda de una inteligencia solidaria con la crisis de nuestra civilización.

3. El cambio de época que estamos viviendo ha provocado un rompimiento en nuestro **ethos cultural**, el cual es la base del consenso social y ético de cualquier sociedad. Este cambio radical en nuestro ethos cultural engendra un cambio igualmente radical en el contrato social de nuestra sociedad. Este último cambio ha sido producido por las "élites financieras y cognitivas" que controlan y centralizan el poder en la sociedad global (lo que hemos llamado "la Civilización de la Copa de Champagne"), creando enormes desigualdades en poder, riqueza y conocimiento. Ni siquiera en las relaciones existentes entre los centros imperiales y sus colonias hace cinco siglos se daban tan gigantescas desigualdades. Esta **colonización de un nuevo mundo** por una nueva élite del conocimiento trae consigo asimismo una colonización de la mente y del corazón.

Esta transformación radical en nuestro ethos cultural también provoca la violencia, la enajenación que lleva a la drogadicción y al abuso sexual, al consumismo y al individualismo, todos los cuales destruyen el tejido social, tanto local como mundialmente.

La alianza global entre las élites del norte y del sur por un lado, y la "sureñización" de las minorías norteamericanas marginadas, por el otro, crean lo que hemos llamado una civilización antagonística. Los conceptos de "nación" y de "trabajo" que fueron la base del ethos cultural y del contrato social durante los últimos doscientos años, están perdiendo rápidamente su significado. Ese ethos cultural produjo normas, valores, maneras de comportarse y símbolos que daban sentido a la conducta social. Había una cultura de valores compartidos que servía como la base ética del contrato social. Las universidades y los sistemas educativos en general fortalecían y reproducían ese ethos cultural. Actualmente, por desgracia, los sistemas educativos y, especialmente, las universidades, reproducen el sistema regido

por las reglas del mercado, los símbolos y la ideología creados por la "élite cognoscitiva" y los "analistas simbólicos". Éstos crean sueños culturales (a través de la televisión y de otros medio de comunicación) que inducen un narcisismo cultural en los estilos de vida que no tiene nada que ver ni con los valores y realidades locales, ni con la capacidad económica de la inmensa mayoría de las poblaciones.

Los estilos de vida "glamorizados" en los medios globales son simplemente una reflexión de la lógica y simbolismo de un mercado diseñado para los paraísos de la élite. Por añadidura, diseñan símbolos religiosos y un discurso moral que legitiman por una parte este estilo de vida, mientras que por la otra tratan de limitar la frustración y la desesperación de los marginados, que podrían llevar al caos.

4. Vemos a la Iglesia volverse sobre sí misma, reafirmando su identidad histórica y tratando de traer el pasado de nuevo a la vida, incapaz de proyectarse a sí misma hacia el futuro, abrazándose a la realidad de los marginados del mundo y compartiéndola. La Iglesia practica su liturgia, y su cultura se separa de las mayorías del mundo. La Iglesia trata de protegerse a sí misma, naturalmente, de ser contaminada por el mundo contemporáneo, pero al hacerlo se encuentra más y más aislada de la sociedad y de sus conflictos. Por otra parte, sin embargo, la Iglesia promueve prácticas religiosas que tienen raíces populares, en un esfuerzo por "proteger a las masas" de ser corrompidas por una sociedad permisiva. Este tipo de práctica religiosa puede ayudar al pueblo a sobrevivir y hasta a ofrecer resistencia activa en un ambiente de indiferencia general, pero no proporciona un mensaje creativo ni una fuerza organizadora para transformar a la realidad actual.

La creación de un ethos cultural para una globalización democrática podría ser el desafío al que el PSC tiene que responder en el umbral del nuevo milenio. Un ethos cultural global desde la perspectiva y lógica de la mayoría global, desde dentro de las diversas culturas del Norte y del Sur, abierta a una ciudadanía mundial y a un ecumenismo internacional, y ofreciendo inspiración para los mismos. El ethos cultural global significa un campo de investigación y de enriquecimiento académico para las universidades de inspiración cristiana en

este final de milenio, así como un campo fértil para la revitalización del PSC. Las universidades de inspiración cristiana tienen que profundizar su capacidad de discernimiento espiritual y ético, en el contexto de la tradición social y la enseñanza de la Iglesia, actualizada de acuerdo con los recientes cambios radicales epistemológicos.

El desarrollo de este ethos cultural global desde la perspectiva de los marginados y desde dentro de la comunidad cristiana puede ayudar al PSC a que se inserte a sí mismo dentro de la crisis contemporánea (laboral, sexual, ambiental, de diversidad cultural y, especialmente, generacional). Esto ofrece la posibilidad de una colaboración entre el PSC y las universidades de inspiración cristiana en la formulación de los planes de renovación. Las universidades tienen la tarea de investigar y de formar a la nueva generación, tomando como punto de partida los recientes cambios radicales epistemológicos. El PSC tiene la tarea de crearse una nueva imagen desde la perspectiva de los evangelios, y de discernir espiritualmente esta aldea global nuestra, tan dividida y caótica. La revitalización de las fuerzas y del carisma cristiano de las universidades y del PSC es, por una parte, un gran reto y, por la otra, una nueva oportunidad aún mayor para el nuevo milenio.

La ola de inmigración ilegal y delincuencia (especialmente tráfico de drogas), medios desesperados en una lucha igualmente desesperada por la supervivencia, son un resultado directo de la exclusión de tantas personas de la fuerza de trabajo y de la "ruralización" de las grandes ciudades que es el producto de la expulsión y fuga de millones de campesinos de las zonas rurales, sin la posibilidad de integración en los sistemas urbanos sociales y productivos. Esta gran masa de hombres, mujeres y niños atrapados en nuestras ciudades, en las megalópolis sureñas, no son considerados ciudadanos con plenos derechos, ni lo serán, ni pueden participar en un "contrato social" o en un "ethos cultural", a menos que vencamos a las causas más profundas en esta crisis en nuestra civilización.

José Comblin, en un artículo provocador de pensamientos,³ señala que la masa de hombres, mujeres y niños marginados,

³ José Comblin: "La sociedad del saber y la responsabilidad de sus nuevas élites", *Cristianismo y Sociedad*, pp. 125-126.

superfluos y dispensables, nunca se han dado cuenta de la existencia de este sistema de poder a menudo escondido en el que las causas de la injusticia y de la discriminación permanecen sutiles y casi invisibles, debido a su carácter estructural, de bajo relieve, ni han tenido el poder para enfrentarse a él. El estado de guerra de baja intensidad en América Central en los 80 ha tomado la forma, actualmente, de la llamada **democracia de baja intensidad**, un sistema que trata de legitimar y formalizar la marginación y la dominación de las que hemos hablado. La clase trabajadora ha sido derrotada, desmembrada y desmoralizada por la liberalización del mercado, el desempleo masivo, el llamado "trabajo virtual" y la pérdida de poder negociador de los sindicatos. Comblin sostiene que los artesanos de la nueva sociedad serán las hijas y los hijos de las actuales élites desilusionados por una globalización que no les ofrece ni felicidad, ni estabilidad, ni gobernabilidad.

Con base en nuestra experiencia en América Central, creemos que, en nuestras universidades y con la ayuda de un renovado PSC, de entre la nueva generación de la élite actual, pueden surgir algunos profesionales pioneros, pero que éstos serán una "minoría abrahámica". Es esencial buscar agentes de cambio dentro de la clase media empobrecida, que ha experimentado y sentido intensamente la creciente decadencia intelectual y ética del sistema existente, así como el escaso espacio que ofrece para la participación y la estabilidad, y encontrar esos agentes. Si la universidad y la Iglesia son capaces de identificarse con los líderes de los marginados que están surgiendo ahora en varias organizaciones cívicas; si la universidad va a crear el "eslabón perdido" que la vuelva a unir con las comunidades rurales, las pequeñas empresas, los líderes locales y municipales, y con una red de organizaciones populares, puede aparecer una ascendente y convergente generación de pioneros intelectuales y éticos, con el fin de hacer frente a los desafíos de la desintegración social.

Estos pioneros emergentes podrían desarrollarse y convertirse en una nueva especie de "órdenes religiosas", de carácter ecuménico, mayormente laicas, independientes de los partidos políticos (aunque desempeñando un papel importante con respecto a ellos). Estas nuevas "comunidades de solidaridad",

tendrían **autonomía orgánica** en su relación con la jerarquía eclesiástica. En lugar de los tradicionales votos de pobreza, castidad y obediencia, estos pioneros comprometerían tiempo a un servicio voluntario; compartirían una visión internacional y promoverían la creación de equipos de profesionales voluntarios; se comprometerían a resistir y a vencer a los determinantes del mercado; y a una obediencia basada en la solidaridad, dirigida a la construcción de una nueva ciudadanía de la aldea global, que no conocería límites ni permitiría divisiones.

Esperamos que la autonomía y las plataformas interdisciplinarias de las "universidades reformadas" puedan ayudar en este proceso y también contribuir a la recreación del mismo PSC. Por su parte, la tradición de las visiones éticas y el discernimiento contenida en el pensamiento social cristiano y desarrollada a lo largo de los años, puede desempeñar un importante papel en la requerida reforma del carisma ético de la universidad. Ambos procesos son estratégicamente complementarios en el desarrollo de una evangelización transformadora del nuevo milenio.

¿Se trata únicamente de un hermoso sueño o de una fantasía?, ¿podrán nuestras universidades trabajar juntas para encontrar maneras de unir nuestras capacidades globales en la creación de un ethos cultural global? Desde nuestra perspectiva centroamericana, la formación de una nueva generación de profesionales en una "red de comunidades de solidaridad" distribuida por todo el mundo podría ser nuestra contribución al nuevo milenio.